

DOS DISPAROS

Carlos y Alicia cogieron juntos el ascensor. Él iba apoyado en la pared, con los hombros hundidos y los ojos clavados en el suelo. En la mano llevaba una bolsa que contenía la botella con una muestra de orina para entregar en el hospital. La mujer, en un gesto de compasión, extendió la mano, le acarició la cara y se aproximó para besarlo. Pero él le dio un violento empujón que la lanzó contra la puerta. Ella no respondió ni hizo gesto alguno para protegerse, paralizada por el estupor. Al llegar a la planta baja intentó decir algo, quizá, no te preocupes, verás como no es nada, tu médico es un exagerado; pero él se marchó sin mirarla siquiera. No era nada, nunca era nada. Hacía más de un año que Carlos había iniciado su peregrinaje de médico en médico, de clínica en clínica, en busca de una quimérica enfermedad que nunca llegaba a concretarse, pero que a él le proporcionaba atenciones y excusas para sus rarezas y a los médicos unos buenos ingresos. La mujer compuso gesto y figura y tomó la dirección a su trabajo.

Desde hacía diez años Alicia Alcañiz, psicóloga clínica, compartía una consulta de psicoterapia especializada en problemas de pareja con Ignacio González, sexólogo y viejo amigo. Aquella mañana, como siempre, él había llegado primero y ella entró a su despacho a darle los buenos días.

-¿Qué tal?- preguntó Ignacio a modo de saludo. Alicia no pudo contestar. Se sentó en el sillón destinado a los pacientes y estalló en sollozos

-¿Carlos?-siguió indagando.

-Sí- dijo ella.

El compañero se levantó, rodeó con el brazo los hombros de Alicia, la hizo incorporarse y la llevó hasta la cocina. Cuando reformaron el piso para adaptarlo como consulta habían decidido dejar esa dependencia tal como estaba.

-Nos servirá para la fotocopiadora, el fax y para prepararnos un café o tomar una cerveza de vez en cuando- había propuesto ella.

Ese era el lugar de reunión cuando querían charlar por charlar o discutir de cosas realmente importantes; para las rutinas del trabajo estaban los despachos. Hacía tiempo que ambos sabían que el matrimonio de Alicia solo un milagro podía salvarlo, pero los dos eran científicos y no creían en esas cosas. Todo era cuestión de que un acontecimiento imprevisto diera el empujón definitivo o de que una nimiedad colmara el vaso. Cuando le contó a Ignacio el incidente del ascensor él se limitó a responder:

-¿Ya lo sabes, no?

-Sí- dijo ella-: rechazo del contacto físico y violencia. Y no es la primera vez. No puedo esperar ni engañarme más, tengo que tomar una decisión. Hasta un alumno en prácticas me lo aconsejaría.

Aquella misma tarde llamó por teléfono a la abogada que solía recomendar a sus pacientes para concertar una entrevista. En una semana la demanda de separación estaba redactada, lista para presentarla en el juzgado para el caso en que no llegaran a un acuerdo. Era lo más probable.

Fueron unos días de intensa actividad que puso sordina a los sentimientos. Tenía que comunicarlo a la madre, y a los hermanos, buscar una nueva casa y apartar algún dinero en previsión de gastos extraordinarios en traslado y abogados y de posibles jugarretas económicas.

El azar se encargó de resolver algunos de sus principales problemas. Los inquilinos de un piso del que eran propietarios ella y su marido decidieron mudarse antes de lo previsto. La vivienda quedó libre y totalmente equipada. La gestión la llevaba ella directamente, Carlos nunca se había ocupado de esta fuente de ingresos que le parecía *pecata minuta*. Alicia se felicitó por este abandono. Los inquilinos ni siquiera conocían a su marido, él no podía saber que el piso estaba libre y faltaban varios meses para que expirara el contrato, luego tenía un refugio secreto y seguro, al menos temporalmente. Era la primera medida que recomendaba su abogada ante la menor sospecha de posible agresión. Siguiendo su consejo decidió cambiar también la llave para prevenir que pudiera entrar, si por azar él averiguaba donde estaba.

Faltaba ahora lo más difícil, decírselo a su hijo y a Carlos. Recordaba cuantas veces en la consulta hombres y mujeres le habían preguntado angustiados cómo hacerlo. No existía una fórmula mágica. Diciéndolo-solía contestar ella- lo peor es bloquearse y alargar la situación indefinidamente.

Carlos facilitó la oportunidad al provocar una estúpida discusión porque ella llegó tarde. Había estado observando por la ventana y vio que Ignacio la acompañaba hasta la puerta.

-¿Qué pinta ese a todas horas contigo? Son las diez de la noche. No me digas que vienes de trabajar. ¿Y por qué te besaba? Todos dicen que sois novios.

-¿Quién dice eso?

-Pedro, nuestro vecino. Soy el hazmerreír de la casa. Cada día traes un ligue.

Carlos, una vez más, comenzó a recitar su interminable letanía de agravios, pero esta vez Alicia no representó su papel de acusada como otras veces. No dio explicaciones. No intentó contraatacar, ni siquiera defenderse. Había tirado la toalla.

-Quizá seas más feliz sin mí- dijo con una voz que le pareció ajena por lo serena que sonaba mientras sentía su corazón batir como un tambor. -He pensado marcharme a vivir unos meses a casa de una amiga. Quizá una separación temporal nos ayude a ver las cosas más claras.

- No entiendo un matrimonio con vacaciones. Si cuando vuelva no estás aquí, todo ha terminado- fue lo que contestó él, y se marchó dando un portazo.

Alicia sabía que no volvería a dormir. Últimamente resolvía así las discusiones, quizá tuviera una amiga con quien pasar la noche. Se acostó sabiendo que aquel día nada más iba a pasar.

Solo quedaba hacer la maleta y llevarse el ordenador. Documentos, libros, algún disco, una escultura obra de una de sus mejores amigas y otras pequeñas y entrañables cosas habían sido trasladadas discretamente durante la semana. Al día siguiente Alicia hizo a escondidas el resto de los preparativos y llamó a su hijo para invitarlo a comer en un restaurante que a él le gustaba. Introdujo el tema:

-Ya sabes que tu padre y yo estamos mal últimamente, te habrás dado cuenta que cada vez pasa más tiempo fuera de casa, anoche tuvimos una discusión terrible, quiero contártelo en La Taberna con tranquilidad.

Ambos llegaron puntuales a la comida, sus caras tensas bajo la sonrisa de cortesía. Alicia le dijo cómo la situación se había ido deteriorando, cómo había llegado a tomar la decisión de marcharse y cuáles eran sus planes. Sin embargo le ocultó la escena del ascensor, y las peores ofensas. El pudor y el deseo de evitarle la pena le hicieron callar los detalles más crueles. El hijo la escuchaba silencioso y atento, sin asentir ni dar la más mínima muestra de haber sido testigo de muchas de las cosas que Alicia le contaba. La madre no intentó arrancar la venda que él se colocaba sobre los ojos, sólo abrir en ella un pequeño agujero que les ayudara, a él entender la situación y a ella a obtener la ayuda que necesitaba. Marcos acababa de cumplir veinte años y a veces se mostraba como un hombre bondadoso y tierno y otras como un niño grande y caprichoso. Se negaba a crecer amparado en su extrema delgadez, que le daba un aire de eterno adolescente. Había decidido hacerse la ortodoncia ese mismo año y reía tapándose la boca, como los niños que no quieren mostrar sus dientes llenos de hierros. Su madre bromeaba llamándolo "mi Peter Pan"

-Hagas lo que hagas te apoyaré, mamá- contestó Marcos. Era la respuesta que la madre deseaba oír. Alicia suspiró y se lo agradeció sin palabras, apretándole el brazo. Necesitó un tiempo para poder continuar diciendo:

-Quiero que me ayudes con el traslado. Me gustaría hacerlo mañana a primera hora, en cuanto se vaya tu padre. También quiero que esta noche duermas en casa. Marcos cambió de expresión, se puso más serio y tardó unos segundos en responder.

-Bien, cogeremos tu coche -dijo.

- He llamado a una empresa para cambiar la cerradura, me gustaría que te quedases conmigo hasta entonces, pidió la madre.

-¿Por qué quieres cambiar la cerradura? ¡Mi padre no es un delincuente! Él no te va a hacer nada.

-Es lo que le diría a cualquiera de mis pacientes: si tienes el más mínimo temor acerca de tu seguridad cambia la cerradura. Tú padre tiene armas y municiones y está el desgraciado asunto de Pablo, su socio. Tú eras muy pequeño y no te acordarás, estuvo procesado por su muerte en una montería. Lo absolvieron por falta de pruebas, pero la Guardia Civil siempre sospechó que el tiro que mató a Pablo no fue accidental y que quien disparó el rifle fue tu padre.

-¡ Pero es mi padre, mi padre no puede ser un criminal!-repitió.

Marcos había levantado la voz sin darse cuenta. En el restaurante se hizo el silencio, todos miraban. Tenía la cara desencajada y los ojos húmedos. Estaba a punto de llorar.

-No hagas eso, mamá, cortarás toda posibilidad de reconciliación. Nunca te lo perdonará.

La madre entendió: "nunca te lo perdonaré" Fingió ceder. El miedo a perderlo se sumó a su, hasta entonces, latente angustia haciéndola palmaria. Su pulso se aceleró. Por un momento sintió que le faltaba el aire, que una garra le apretaba el corazón y que iba a desmayarse. Se sujetó la cabeza con las manos y respiró lenta y profundamente, queriendo controlarse. -Me trasladaré mañana con Marcos y por la tarde llamaré al cerrajero- intentó tranquilizarse- son sólo unas horas. No le dará tiempo a reaccionar. Además no puede imaginarse donde estoy.

Carlos no se lo imaginó. Llamó a Marcos para contarle entre gritos y llantos, que su madre tenía un amante y que lo abandonaba para irse con él.

-Creo que es Ignacio, su compañero, le dijo, aunque como tiene tantos es difícil saberlo. Quizá sea algún paciente, o Jaime, nuestro dentista, hace años que son novios.

Marcos salió en defensa de su madre.

- No es verdad, papá, la mamá no tiene ningún novio, está muy cansada de que pases tanto tiempo fuera y de tus escenas de celos. Me ha dicho que quiere tomarse un tiempo para reflexionar. No está con nadie, está sola, aquí al lado, en el piso de General Urrutia, tranquilízate por favor, no digas esas cosas, ya verás como se le pasa y vuelve con nosotros.

Para cazar jabalís se utilizan cartuchos de postas, bolas irregulares de plomo del tamaño de las canicas. Carlos entró en una armería y compró una caja. La llevó a casa, sacó la escopeta del armero, la montó con parsimonia, la cargó, la camufló en una bolsa de deportes, tomó el coche, condujo hasta General Urrutia, abrió la puerta con su llave y se dirigió hacia el dormitorio. Alicia estaba en la habitación deshaciendo la maleta, oyó ruido y salió al pasillo. Pudo ver como su marido le apuntaba al corazón.

- ¡ Carlos, no! gritó

Levantó las manos y las llevó al pecho intentando protegerse. Las gruesas bolas de plomo las rompieron en pedazos. Retrocedió y se apoyó en la pared, llena de sangre. El hombre apuntó el segundo tiro, esta vez a la cabeza.

-Marcos, no- musitó todavía Alicia

Retumbó el disparo, resbaló la mujer por el tabique y se quedó sentada en el suelo, la espalda recostada en la pared, los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto y la boca en un grito silencioso, inútil ya. Con la escopeta aún caliente en la mano, Carlos se encaminó a la comisaría.

Marcos se levantó tarde y creyó que su padre se había marchado ya al trabajo. Bajó a por el pan, unas magdalenas y el periódico para desayunar tranquilamente. Estaba de vacaciones. En primera plana, una vez más, un titular sobre una mujer víctima de la violencia doméstica. La entradilla daba los detalles: *A. A., de 45 años de edad, falleció ayer en su domicilio de la calle General Urrutia víctima de dos tiros de escopeta que, presuntamente, le disparó su marido, C. H., del que se hallaba en trámites de separación. El presunto agresor, conocido por su afición a la caza, está en posesión de varios trofeos nacionales e internacionales. Hace diez años se vio envuelto en un incidente, todavía no aclarado, en el que murió uno de sus socios durante una montería.*

-No es verdad- gritó Marcos, y rompió en sollozos.

-No le ha podido pasar a ella-gritó su abogada- a Alicia no, era una gran profesional, ella sabía lo que tenía que hacer, se lo repetía hasta la saciedad a las mujeres. Si tienes la menor duda pretéjete, ocúltate, si te quedas en tu casa cambia la cerradura, no dejes que tu pareja sepa donde estás, no des tu nueva dirección a nadie si no es indispensable, antes de marcharte de casa búscate una buena abogada, hazle caso en todo.

-Ha sido el corazón-dijo Ignacio-quiso proteger demasiado a su hijo, a su Peter Pan, como ella lo llamaba. No tuvo valor para arrancarlo a tiempo de la infancia, para contarle la verdad. Carlos era muy hipócrita; cuando estaba Marcos ponía buena cara y disimulaba, aunque algo debió notar el chaval, veinte años viviendo bajo el mismo techo. Sin embargo, cuando Alicia puso las cartas sobre la mesa él no quiso creerla. Se negaba a tener por padre a un monstruo, se negaba a creer en la maldad del mundo, prefirió volver a hacerse niño, como aquel que tocaba su tambor de hojalata. Me ha dicho la policía que fue el hijo quien le contó al padre donde estaba Alicia. Cuando llegaron todavía estaba con vida; les dijo que un tiro se lo había disparado Carlos y otro Marcos. Ellos no la entendieron, yo sí.